



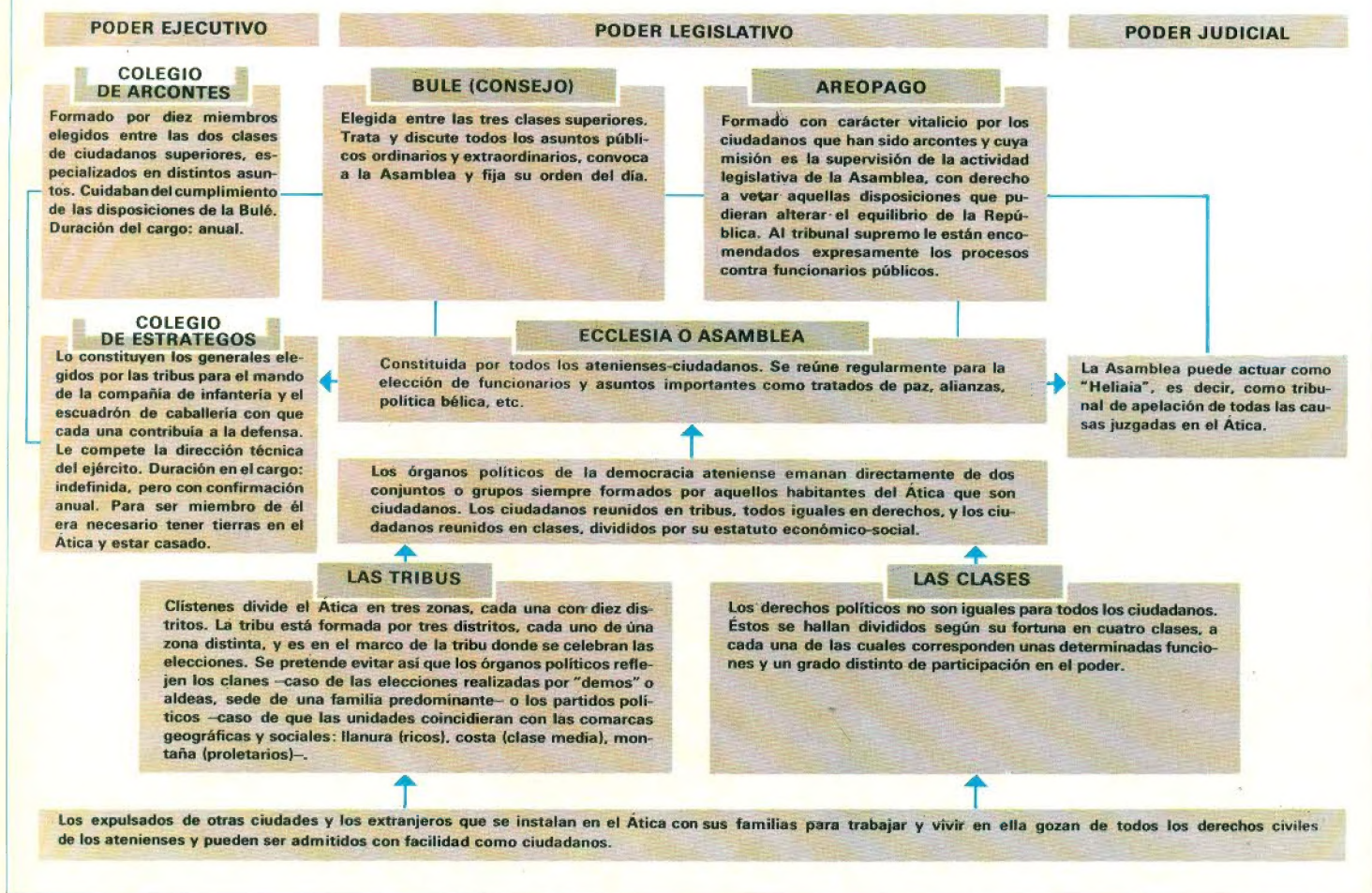
La época de Pericles

Convencidos de que habían castigado suficientemente al gran rey con sus escuadrones, los espartanos, que se habían sacrificado generosamente en las Termópilas y en Platea, descendieron a sus valles del Peloponeso para reanudar su vida comunitaria bajo el dominio de la aristocracia y regirse por su misma disciplina de costumbres, como en los tiempos de Licurgo. De haber sido ambiciosos o libres de serlo —porque no lo permitía su Constitución—, Esparta hubiera podido ser la que inspirara la política de todos los griegos. Había sufrido poco en las guerras y su territorio estaba intacto. Pero no tenía marina y sus dirigentes no deseaban cambios.

No así Atenas. La democracia ateniense comprendió el peligro que amenazaba aún desde el Asia y hasta de la misma Grecia, donde los persas habían dejado guarniciones. Los griegos, que se habían unido para resistir, tenían que continuar unidos para atacar, porque la mejor defensa de los débiles es el ataque. Los atenienses disponían de la marina necesaria para liberar a los griegos del Asia; nadie osaba disputar a Atenas su supremacía en el mar Egeo después de la victoria de Salamina. Por otra parte, los persas nunca llegaron a dominar la táctica de la guerra naval; en los buques no sabían hacer más de lo que harían en tierra. Plutarco cuenta que en Salamina “el almirante de

Atenas y su acrópolis, reconstruida tras las guerras médicas y convertida en cabeza de la liga délica y más tarde del imperio ateniense. Cuando, tras unas supuestas relaciones entre Pausanias, el rey espartano, y los persas, la liga panhelénica organizada para luchar contra los persas se deshizo, Esparta se retiró de las campañas napales y Atenas formó la liga llamada délica porque su sede se estableció en la isla de Delos y allí se guardaron las cuotas aportadas por los miembros de ella.

LA DEMOCRACIA ATENIENSE MODERADA DE SOLON Y CLISTENES



Jerjes, que se llamaba Ariámenes y era un grande y valiente guerrero, se esforzaba disparando el arco desde su gigantesca galera, como si hubiera estado en un castillo con muralla". ¡Un almirante que pretende ganar la batalla disparando él mismo las flechas! Tales eran los persas, y para las cosas de mar tenían que valerse de los fenicios y de los griegos del Asia. Así es que al aparecer Atenas en el mar Egeo como un nuevo poder marítimo, los griegos asiáticos recobraron sus perdidas esperanzas y empezaron a considerarla como su salvación. Atenas devolvió la libertad a las islas y ciudades del mar Egeo, recobró sus colonias del Bósforo, que permitían el libre paso hacia las factorías del mar Negro, y aquellos que se habían aliado con los persas fueron castigados.

El lector comprenderá en seguida cuáles fueron los problemas que se presentaron a la democracia ateniense al adoptar, por altruismo o por necesidad, esta política de expansión. En primer lugar, los gastos enormes que suponía el mantenimiento de una

flota que surcara el mar Egeo no podía soportarlos Atenas únicamente con su reducido territorio del Ática.

Se pensó en seguida en crear una liga helénica a la que cada confederado aportaría una cuota fijada de antemano según sus recursos. El total del Tesoro sería anualmente sobre unos 460 talentos. Cada aliado contribuía según sus posibilidades: los que podían fabricar galeras, proporcionaban buques, ya que la liga debía disponer de doscientos navíos. El que fijó las cuotas y quedó como administrador de la liga hasta su muerte, sin que nadie pudiera tacharle de parcialidad, fue el ateniense Aristides, al que se calificaba como "más excelente y enviado por la divina Atenea (Minerva)". Murió en el año 461.

Cada año los confederados de la liga tenían que aportar su cuota al puerto del Pireo y acompañarla de un plenipotenciario con derecho a votar. Todos los miembros de la liga votaban por igual. Las sesiones se celebraban en el templo de Apolo, en Delos,

donde quedaba depositada la cuota anual. Una avenida con leones de piedra precedía a la entrada del templo.

Atenas se aprovechó de la fuerza que representaba la contribución de la liga, no tanto por el tesoro acumulado en metálico como por la flota, porque muchos confederados, en lugar de aportar dinero, contribuían con galeras.

Fueron pocos los casos en que los aliados retrasaron los pagos. Atenas, por otra parte, no les dejaba abrigar grandes dudas acerca de sus propósitos. Los que se mostraban perezosos en enviar los tributos que exigía para seguir sosteniendo su armada eran obligados a pagar a la fuerza. Naturalmente, esto irritaba a los morosos; el peligro de los persas era cada día más remoto y, sin embargo, había que enviar dinero a Atenas, que lo empleaba, al decir de los descontentos, para reconstruir sus templos y murallas. La verdad es que sólo una parte del fondo que administraba Atenas y servía para su embellecimiento provenía de sus aliados. La abundancia de los recursos de que disponía la democracia ateniense por esta época debía de provenir principalmente de las minas de plata del Laurion, cuya explotación comenzaron Pisístrato y sus hijos y que entonces estaban en el apogeo de su producción. Pero



Cimón con el casco de polemarca (Staatl. Antikensammlung und Glyptothek, Munich). Muerto Aristides y desterrado Temístocles, el mejor general que quedaba a los atenienses era Cimón. Con su flota de doscientas naves atacó a los persas y los arrojó de la costa meridional del Asia Menor, así como de las costas del litoral tracio y el Quersoneso. La liga délica se amplió con la adhesión de las ciudades de Licia y Caria.

Escena de banquete representada en una copa ática de figuras rojas de hacia el año 460 a. de J. C. (Museo de Villa Giulia, Roma).



ORGANOS DEL PODER EN ATENAS

En el largo proceso desde la aparición de Atenas como estado hasta el momento de Pericles, una serie de instituciones se fueron convirtiendo en las dirigentes del estado ateniense. Los principales organismos eran la *Ecclesia*, la *Heliea*, la *Boulé*, el Areópago, el Colegio de estrategos y el Colegio de arcontes. Veamos sus funciones y composición.

En la Atenas del siglo V a. de J. C., todos los demás organismos se hallaban subordinados a la asamblea popular o *Ecclesia*, a la que tenían que rendir cuenta. Para pertenecer a la asamblea se requería ser ciudadano ateniense y tener más de veinte años.

La *Ecclesia*, al principio del siglo V antes de J. C. se reunía diez veces al año, y a fines de siglo, unas cuarenta veces. Las sesiones tenían una importancia desigual; las primitivas setenta sesiones eran consideradas las principales, mientras las demás quedaban como secundarias.

El programa normal de la asamblea era el siguiente: 1.º, voto de confianza a los magistrados; 2.º, informe sobre el estado de aprovisionamiento de cereales a la ciudad y sobre la seguridad pública; 3.º, denuncias políticas contra delitos que ponían en peligro la seguridad del estado; 4.º, lectura de las listas de confiscaciones y relaciones de reclamaciones sobre herencias; 5.º, votación sobre la necesidad de aplicar el ostracismo (esto era privativo de la sexta pritanía); 6.º, decisiones sobre las falsas acusaciones de los sicofantes.

Las asambleas que hemos llamado secundarias se ocupaban de los asuntos religiosos, administrativos e internacionales. Por último, junto con estas asambleas ordinarias, existían asambleas extraordinarias en momentos que las circunstancias así lo exigían, como en caso de guerra o algunos hechos imprevistos que requerían una resolución inmediata.

Las sesiones comenzaban con las lecturas de las ponencias elaboradas en el Consejo o *Boulé*. Si el pueblo no estaba conforme con la decisión de la *Boulé* se pasaba a discusión. El que tenía la palabra se ceñía una corona de mirto, símbolo de su carácter inviolable. Cuando nadie más quería intervenir se pasaba a la votación. Esta se hacía normalmente por el procedimiento de mano alzada, pero en los casos en que el asunto afectaba a una persona concreta, se efectuaba votación secreta.

El siguiente organismo de poder era el Consejo o *Boulé*, compuesto de quinientos miembros, según la reforma de Clístenes. Éstos eran elegidos por sorteo, cincuenta por cada una de las diez tribus en que había quedado dividida Atenas. Igualmente, esta división correspondía a la división del año en diez pritanías. Cada una tenía de 35 a 36 días en el año común, y de 38 a 39 en el bisiestro.

Cada mes o pritanía, la dirección correspondía a los cincuenta pritanos de la

misma tribu. Cada día era elegido presidente uno distinto, no pudiendo la misma persona desempeñar dos veces el mismo cargo. Con ello, la mayoría de los pritanos podía desempeñar el cargo de presidente. Esta magistratura tenía carácter anual y para ser elegido se requería ser ciudadano ateniense y mayor de treinta años.

Las funciones del Consejo consistían en preparar los asuntos de la asamblea popular y resolver los asuntos secundarios que se presentasen. Los asuntos cotidianos de índole menos importante eran resueltos por la *Boulé* a través de decretos.

Por otro lado, la *Boulé* cuidaba de la supervisión de los fondos públicos. Los impuestos, las confiscaciones, las construcciones públicas, la caballería y la flota dependían igualmente del Consejo. En suma, la *Boulé* era el pilar fundamental que dirigía la vida ateniense, ya que una continua dirección de la *Ecclesia* resultaba bastante incómoda, dada la gran cantidad de asuntos de toda índole que requerían una dedicación plena del estado.

El tercer gran organismo del poder en Atenas estaba constituido por el jurado popular o *Heliea*. Para ser miembro de él se requería ser ciudadano ateniense mayor de treinta años. Cada año eran elegidos cinco mil jurados o heliastas y mil suplentes, distribuidos en diez secciones. Para evitar corrupciones, la sección que debía actuar se designaba en la madrugada del mismo día del juicio. Según la

importancia del asunto se reunían para el mismo juicio una o más secciones. Los heliastas escuchaban a las dos partes: acusado y acusador. Una vez escuchadas ambas partes, se procedía a la votación y al castigo del culpable. Las sesiones eran diarias, excepto los días festivos, los no feriados o los que actuaba la *Ecclesia*.

El Areópago era el organismo aristocrático que había asumido anteriormente el control de la ciudad. En sus orígenes, el Areópago fue el antiguo Consejo de ancianos, de carácter tribal, y se componía de todos los ex arcontes. En el proceso hacia la democracia, fue perdiendo gradualmente poder, sobre todo a partir de la ley de Efialtes del 462 a. de J. C. Con esta ley quedó limitado a la jurisdicción en lo criminal. Le competían los procesos referentes a homicidio, heridas producidas con intento de causar la muerte, envenenamiento y provocación de incendios.

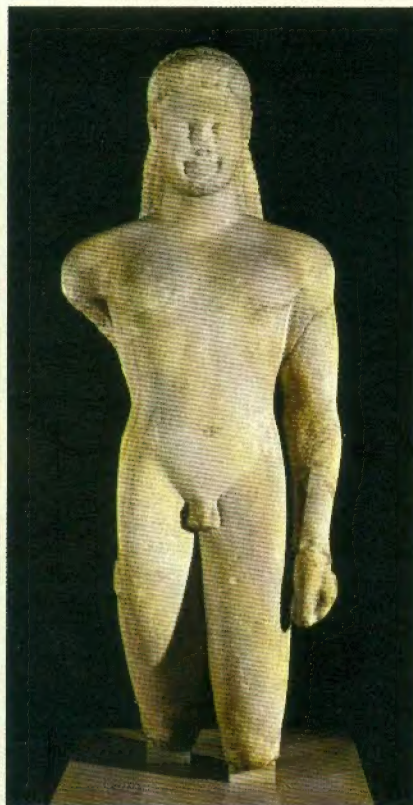
Otra institución que había ido perdiendo fuerzas era el arcontado. Tras la caída de la monarquía, había surgido esta institución, de carácter aristocrático. Al principio parece que únicamente había tres arcontes, con carácter vitalicio. Más tarde su actividad se redujo a diez años, y finalmente a un año.

El primero era llamado arconte epónimo, ya que daba nombre al año. Le correspondía la vigilancia del antiguo derecho familiar y de sucesión, la protección de viudas y huérfanos y el formar los equipos para los coros trágicos, cómicos y ditirámicos. El segundo poseía reminiscencias de la antigua monarquía, siendo llamado arconte basileus. Le competía la mayor parte de las funciones religiosas celebradas en Atenas. El tercero conservaba el primitivo carácter de jefe militar del rey y recibía el nombre de arconte polemarcha, aunque esta inicial función militar había ido pasando a los estrategos. Presidía una serie de actividades religiosas de índole militar, pero su función fundamental era juzgar a la población no ciudadana.

Los seis arcontes restantes recibían el nombre de tesmotetes. Su misión era la revisión anual de las leyes, también vestigio de la antigua función legislativa de los reyes, y presidir una serie de actividades relacionadas con la jurisprudencia. Por último, para que el número estuviese en relación con la división en diez tribus, existía un secretario.

Para ser elegido arconte se requería pertenecer a los dos primeros grupos sociales, según la reforma de Solón. Con Pericles se amplió hasta el tercer grupo o zeugitas.

Más importancia que los arcontes comenzó a cobrar el Colegio de estrategos a partir del 487 a. de J. C. En tal año se decretó que el cargo de arconte fuera elegido por sorteo, con lo que se evitaba



la preponderancia de cualquier persona. Por el contrario, el cargo de estratega se votaba por mano alzada y el presidente del colegio era elegido por la asamblea popular. El número de estrategos era de diez, uno por cada tribu. Les competía el mando de la flota y del ejército y la política exterior, así como las actividades financieras. En suma, era el cargo más importante de la vida de Atenas, aunque igualmente tenía el freno de la *Ecclesia*.

Junto con estos cargos principales existía gran número de cargos secundarios, necesarios para las amplias exigencias del aparato estatal.

Para la administración de justicia había una serie de organismos menores, de los cuales los fundamentales eran los siguientes: 1.º, los cinco eisagogeis, encargados de las demandas que debían decidirse en el plazo de un mes, como las querellas por dotes, incumplimientos de contratos, etc.; 2.º, los cuarenta, cuyo número anterior era de treinta, hasta el período final de la guerra del Peloponeso, en que alcanzó aquel número (función de ellos era ser jueces por las aldeas del Atica en los asuntos cuyo castigo era inferior a setenta dracmas); 3.º, los jueces de paz estaban encargados de los asuntos superiores; eran ciudadanos mayores de sesenta años.

Para la inspección pública había igualmente una serie de funcionarios encargados de vigilar el tráfico y el comercio, así como el orden interior de la ciudad. Estaban agrupados en colegios de diez

miembros. La mitad ejercía su cargo en la ciudad y la otra mitad en el Pireo. Estos inspectores eran los siguientes:

1.º, diez inspectores de distrito, encargados de vigilar la moralidad pública, la limpieza de las calles y la inspección de edificios; 2.º, diez inspectores de mercados, que cuidaban de que se ofrecieran géneros frescos y sin adulterar; 3.º, diez encargados de vigilar las pesas y medidas usadas en el mercado; 4.º, diez inspectores de cereales, que vigilaban la venta de cereales no elaborados, así como las tasas del pan; 5.º, diez inspectores encargados de que las dos terceras partes de los cereales que arribasen a la ciudad se guardasen en la lonja. Por último, existían numerosos funcionarios menores, escribas, archiveros, personal de limpieza, integrados en su mayoría por libertos y esclavos. También la mayor parte de los magistrados tenían suplentes encargados de sustituir a los titulares en caso de ausencia.

Los cargos que exigían cierta especialización o conocimiento técnico se concedían por votación a mano alzada.

Al ser elegidos, los magistrados tenían que pasar por una revisión llamada *doci-masia*, mediante la cual se advertía si reunían las condiciones exigidas, al mismo tiempo que se estudiaban sus antecedentes. En caso de aprobación, pasaban a ejercer su cargo, y en caso contrario eran desposeídos. Igualmente, al finalizar el desempeño de su cargo tenían que rendir

cuentas de su desempeño, siendo castigados en caso de que se juzgase que no habían actuado rectamente.

Para prevenir cualquier intento de establecer leyes contrarias al bien común, existía otra institución que gozó de gran importancia, denominada *graphé paranomon*. Consistía en el derecho de cualquier ciudadano a presentar su queja contra cualquier acto o ley que se opusiera a la Constitución ateniense. La querella, hecha ante la *Ecclesia*, paralizaba la ley y el asunto pasaba a la *Heliea*. Tras escuchar a ambas partes, el ciudadano querellante y la comisión, se decidía. Si el querellante triunfaba, la ley era abolida y su autor o autores recibían castigo, que llegaba incluso a la pena de muerte. Asimismo, el demandante podía ser severamente castigado en caso de que su querella fuera injustificada.

Este carácter democrático que reviste la Atenas clásica no sería completo si no se les brindara a todos los ciudadanos la posibilidad de realizar sus funciones sin abandonar sus profesiones o poder recibir una compensación por ello, dificultad que subsanó Pericles mediante el pago de un sueldo a los magistrados. Así, todos los cargos, menos los de arcontes y estrategos, recibían un estipendio para que los ciudadanos atenienses designados pudiesen dedicarse de lleno a dirigir los asuntos de su país.

A. M. P.





Vista del Partenón, templo dedicado a la diosa Atenea en la acrópolis de Atenas. Las obras se iniciaron en el gobierno de Cimón y más tarde Pericles ordenó un nuevo proyecto. Lo construyeron los arquitectos Ictino y Calícrates bajo la dirección de Fidias. En su interior se veneraba la estatua críselefantina de la diosa, realizada por este escultor.

de esto no estaban muy convencidos los aliados, ya que Atenas nunca quiso rendir cuentas...

Sin embargo, es evidente que por esta época —que va desde Maratón, en 490, hasta la muerte de Pericles, en 429— la mayor fortuna de Atenas no fueron sus minas de plata, sino su abundancia de grandes hombres. Milciades, Temístocles, Cimón, Aristides, Pericles, uno después de otro, aparecen para dirigir la nave del estado. El lector se preguntará cómo era posible, en una democracia que se regía por una Constitución como la de Atenas, en que todo se dejaba a la elección de la suerte, que los más inteligentes llegaran a conseguir la dirección del gobierno de la ciudad y en ella pudieran mantenerse. En efecto, el lector recordará que, según las reformas de Clístenes, la democracia ateniense se regía por un consejo de quinientos ciudadanos, elegidos por sorteo, y que hasta los nueve jueces del antiguo Areópago eran elegidos del mismo modo. Parece, pues, que no quedaba otro camino para un genio político que el de esperar resignado a que su nombre saliera por milagro de la urna que guardaba los de los hombres de su tribu. Pero recordemos que existían unos cargos cuyo nombramiento Clístenes no se había atrevido a confiar a la ciega fortuna, y éstos eran los de generales o

estrategos, uno para cada una de las diez tribus, eligiéndose el que parecía más capacitado para el cargo de polemarcha; éstos fueron los oficios que desempeñaron Milciades y Temístocles, y generales fueron Cimón y Pericles. Una de las cosas que más honran a la democracia ateniense es que estos genios superiores, sin privilegios que los distinguieran de los demás ciudadanos ni preeminencia sobre los otros nueve generales, sólo por el desempeño de sus cargos puramente militares llegaron a imponer su voluntad y dirigir la política del estado.

Nada puede darnos noción tan clara de los ideales de Atenas por esta época y de la habilidad con que trató de llevarlos a la práctica como ciertos pasajes del discurso de Pericles en el funeral de los atenienses que murieron en una expedición militar. Pericles pronunció aquel discurso delante del pueblo reunido en asamblea y, como raras veces hablaba en público, sus palabras fueron acogidas por el historiador Tucídides como expresión paladina de un pensamiento que conserva, entre las galas de la elocuencia, señales evidentes de haber sido profundamente meditado.

“...Nuestro gobierno —dice Pericles— no pretende imitar el de nuestros vecinos; somos, muy al contrario, un ejemplo para



Porte del Partenón, que permite apreciar algunos de los detalles constructivos del templo.

ellos. Porque si bien es verdad que formamos una democracia, por estar la administración en manos de muchos y no de unos cuantos, en cambio, nuestra ley establece igual justicia para todos. Además, nuestro pueblo reconoce la superioridad del talento, y cuando un ciudadano se distingue de los demás por su carácter, el pueblo lo designa para los cargos públicos, no por derecho de clase, sino como una recompensa a su mérito. Ni la pobreza es un impedimento entre nosotros para desempeñar cargos públicos; cualquier ciudadano puede servir a la patria, por humilde que sea su nacimiento. No hay privilegios en nuestra vida política ni en nuestras relaciones privadas; no recelamos unos de otros ni nos ofendemos por lo que haga nuestro vecino, aunque no nos guste. Mientras vivimos así libres en nuestra vida privada, un espíritu de mutua reverencia prevalece en nuestros actos públicos, y el respeto a la autoridad y a las leyes nos impide obrar mal. Tenemos además en gran estima a los que han sido elegidos para proteger a los débiles y practicamos la ley moral que castiga al transgresor con un sentimiento general de reprobación."

Así hablaba Pericles hace dos mil quinientos años. Hay que reconocer que nunca se expresaron con más claridad estos princi-



Vasija ática de figuras rojas de hacia 430 a. de J. C. (Museo Cerámico de Atenas).

LA DEMOCRACIA RADICAL DE PERICLES: I. LOS PRINCIPIOS POLITICOS

La democracia ateniense, como todas las democracias reales del mundo moderno, se define como régimen político por dos características: la isonomía (todos los ciudadanos son iguales ante la ley) y la isocracia (todos los ciudadanos participan en igual proporción en el poder).

Si la aplicación del primer principio no es distinta en la democracia ateniense y las actuales, la aplicación del segundo, que en Atenas se convierte en un intento de gobierno directo del pueblo, es lo que distingue a la democracia ateniense de las actuales, en las que el gobierno del pueblo se articula a través de un sistema representativo y de división de poderes.

Como el gobierno del pueblo es directo y total, la Asamblea de los ciudadanos es el órgano máximo y único de la democracia ateniense. La Asamblea legisla, dirige y cuida el cumplimiento de sus disposiciones, controla y castiga a los magistrados, juzga a los ciudadanos en primera y última instancia.

Instituciones especiales son creadas para evitar que el poder total de la Asamblea sea limitado o atacado.

OSTRACISMO

Una vez al año, los ciudadanos consideran si existe o no una personalidad política cuyo prestigio pueda imponerse a la Asamblea. Una mayoría de dos tercios de los votos en escrutinio secreto condena al exilio al que la alcanza.

SORTEO

Los magistrados son nombrados no por elección, que daría a su poder una base democrática, sino por sorteo, procedimiento utilizado en parte por motivos religiosos —el sorteo es considerado un juicio de Dios— y en parte por motivos políticos —tal sistema desanima cualquier tipo de ambiciones—.

ORGANOS INTERMEDIOS

No existe entre la Asamblea y los asuntos discutidos ningún obstáculo: ningún organismo fija los asuntos a tratar, ni prepara las discusiones ni presenta proyectos de ley; nadie puede apelar contra las decisiones de la Asamblea.

La Constitución de los atenienses tiene límites muy precisos que hace difícil que hoy pudiera serle aplicado el calificativo de democrática.

El régimen ateniense no es socialista, como a veces se ha pretendido, e ignora cualquier preocupación por asegurar un mínimo económico a sus habitantes. La "polis" ateniense acabará destruida por el enfrentamiento, en el siglo IV, entre ricos y pobres.

Presentado en teoría como ideal universal de la humanidad, el régimen democrático no alcanza en la práctica a todos los hombres: en Atenas existen personas sin derechos políticos (los habitantes no-ciudadanos) y personas sin derechos civiles (los esclavos).

Atenas es una potencia imperialista, domina económica y políticamente a las ciudades de la Liga de Delos, no reconoce los derechos civiles de sus habitantes (expropiaciones, confiscaciones) ni sus derechos políticos (no concesión de autonomía política).



Pericles, según una copia del busto que realizó el escultor Cresilas (British Museum). Procedía de noble estirpe y era de arraigadas convicciones democráticas; con sus cualidades "de viril elocuencia, hidalguía de sentimientos, impasibilidad nunca perturbada y altruismo", se hizo el dueño de Atenas y la convirtió en un emporio de arte; en política exterior, en cambio, contribuyó a aumentar las diferencias con Esparta y no pudo evitar el inicio de la guerra del Peloponeso.

pios. Todos los ciudadanos tienen los mismos derechos, no hay clases ni castas. La libertad y la justicia son iguales para todos; la ley impera, pero más aún el sentimiento del deber, y el culpable teme, más que a la sentencia del juez, la condenación de sus ciudadanos. Este era, por lo menos, el ideal de Pericles; con él trató de gobernar a Atenas y hacer de su ciudad la escuela de Grecia. Y no se crea que esta democracia fuese un régimen duro, que necesitara una austeridad de costumbres incompatible con la naturaleza humana. No. Óigase lo que continúa diciendo Pericles en su discurso en honor de las víctimas de la guerra:

"...Tampoco nosotros, los atenienses, nos olvidamos de procurar espirituales distracciones a nuestros cerebros fatigados. Tenemos fiestas y sacrificios todo el año. En nuestras casas la vida es refinada, y el placer que sentimos diariamente por nuestra noble conducta nos impide caer en melancolías y tristezas... Porque la fama de

nuestra ciudad nos proporciona los frutos de la tierra toda, de manera que disfrutamos de los bienes de otros países con tanta abundancia como de los de nuestra propia patria. Nuestro servicio militar es también superior al de nuestros adversarios. Nuestra ciudad está abierta para todos, nunca expulsamos al forastero ni le ocultamos nada, aunque pueda contarlo a nuestros enemigos. No confiamos, para defendernos de ellos, en malas artes ni en organizaciones complicadas, sino en el valor de nuestro corazón y la fuerza de nuestros brazos".

"...Somos adoradores de lo bello y, sin embargo, sencillos en nuestros gustos, cultivamos nuestra alma sin afeminarnos. Empleamos las riquezas no en alardes de vana ostentación, sino donde son realmente necesarias. Confesar la pobreza no es una vergüenza entre nosotros, sino la abyección y la miseria. Un ciudadano de Atenas no abandona los asuntos públicos para ocuparse sólo de su casa, y hasta aquellos de entre

nosotros que tienen grandes negocios están también al corriente de las cosas del gobierno. Miramos al que rehúye el ocuparse de política, no como una persona indiferente, sino como un ciudadano peligroso; y si hay pocos entre nosotros que sean aptos para proponer, todos somos buenos para decidir en los negocios del estado. Es opinión nuestra que el peligro no está en la discusión, sino en la ignorancia; porque nosotros tenemos como facultad especial la de pensar antes de obrar, y aun en medio de la acción, mientras que otros son valientes en la ignorancia y vacilan en cuanto empiezan a pensar..."

Al llegar aquí, el lector exclamará: ¡Pero el que habla así es un filósofo, no un estadista! ¡Este concepto de la sociedad es una utopía! Pericles debía de ser a buen seguro un hábil embaucador del pueblo o un idealista rematado...

Sea como fuere, hay que reconocer que esta vez la idea se hizo carne, y se probó, con una experiencia de medio siglo, que la verdadera democracia era viable.

Era Pericles de la familia de los Alcmeónidas, cuyo árbol genealógico, en el siglo V, es una confirmación de las leyes de la herencia: los individuos de esta familia parecen dotados de aptitud especial para dirigir los negocios públicos. Baste decir que Pericles era sobrino de Clístenes el legislador, su tío Megacles había sido desterrado por sus ideas radicales y peligrosas, y Alcibiades y Clinias, que se distinguieron en la generación que siguió a la de Pericles, eran primos suyos



Entrada a la acrópolis de Atenas o Propileos. En primer término se aprecia el templo de Niké Aptera.



Detalle de los Propileos vistos desde el interior del recinto.



Detalle del friso que adornaba la "cella" del Partenón (Museo del Louvre, París). En este friso se representa la procesión que durante las fiestas de las Panateneas se celebraba cada año para entregar a la diosa Atenea el "peplo" tejido por las jóvenes atenienses. En tal procesión intervenían todas las clases sociales de Atenas. Se cree que los proyectos y dibujos de este friso se deben al propio Fidias. En este fragmento se ven las doncellas precedidas por los directores de la procesión.

en segundo grado. El padre de Pericles había sido un general influyente. Los Alcmeónidas se habían significado en el siglo anterior por su oposición a la tiranía de Pisistrato y de sus hijos. Eran, pues, de una familia de la más rancia nobleza, pero con tradiciones democráticas. Además, la gallardía de Pericles y de Alcibiades se ha hecho proverbial, aunque parece que el primero tenía algo deforme o alargado el cráneo, pero sabía disimular este defecto y había recibido una educación refinada; fueron sus maestros un músico llamado Damón y el filósofo Zenón de Elea. Dícese que estaba dotado de una voz melodiosa, pero Tucídides asegura que la base de la fuerza de Pericles eran más sus cualidades morales que su talento. De sus maestros adquirió la elevación de miras y la diaphanidad de pensamiento que, unidas a la distinción de sus maneras, le convirtieron en el ídolo del pueblo. Ahora bien, por ser de origen aristocrático, el *demos* le miró al principio con cierto recelo, y sus actividades fueron meramente militares, combatiendo a las órdenes de Cimón, general que dirigía el partido oligárquico.

A la muerte de Aristides fue cuando empezó su intervención activa en la política ateniense, poniéndose al frente del partido popular. En todo caso, Pericles comprendió que, en una democracia como la ateniense, debía, si quería asegurar su influencia, hacer todo lo posible para no dar a entender que él estaba convencido de su gran superioridad. Ya hemos dicho que raras veces hablaba en público, y sólo una vez asistió a una fiesta o banquete, pero se dice que pudo escaparse en cuanto empezaron las libacio-

nes. Siempre que podía hacerlo, se valía de los otros para proponer sus propias iniciativas; conocemos a uno de los colaboradores de Pericles, el llamado Efiltes, que cayó asesinado por el puñal de un reaccionario. Los aristócratas fundaban sus esperanzas en un partido que hoy llamaríamos de los puritanos, o como ellos se llamaban, los Caballeros del Bien y de la Verdad, los cuales, con su pertinaz oposición, aunque dieron serios disgustos a Pericles, hicieron más compacto el grupo de sus partidarios. Como todos los grandes políticos, Pericles no cedía ni aun cuando sufría una derrota. "Cuando pienso que le he derribado —dijo un enemigo suyo—, Pericles se levanta y convence a todos de que él ha sido el vencedor."

El celo con que Pericles desempeñaba los cargos públicos pudiera compararse con un ministerio religioso. Al salir de casa, es fama que se hacía esta reflexión: "Acuérdate, Pericles, de que eres un jefe de los griegos, de estos griegos que son hombres libres dentro de una Grecia libre"; y se encaminaba siempre por las mismas calles a su oficina en el Agora. Nunca pretendió propiarse de sus funciones de general. Debía, pues, gobernar por medios indirectos, aunque las continuas crisis y guerras hubieron de procurarle ocasión de imponer su voluntad como estratega. Causa sorpresa enterarse de que Pericles era un gran general y hasta un gran almirante; para ello debió de esforzar su alma, inclinada más bien a los goces espirituales, a triunfar de su predisposición contemplativa acostumbrando el cuerpo a la vida del campamento y a los peligros del mar. Para esto le serviría su edu-

*Jarras de boda de hacia el 430 a. de J. C.
(Museo Cerámico de Atenas).*

cación filosófica y, sobre todo, sus conversaciones con el físico-filósofo Anaxágoras. Por esta época, Atenas se había convertido en lo que hoy llamaríamos un centro de estudios filosóficos; pensadores de todos los ámbitos del mundo griego acudían a Atenas, y entre la juventud se había puesto de moda el "filosofar"; hasta respetables ciudadanos se entusiasmaron con esta nueva ocupación, pero ninguno de los sabios forasteros podía compararse con el filósofo amigo de Pericles.

Anaxágoras de Clazomene era el continuador de la escuela jónica; su preocupación era el tratar de descubrir las propiedades de la materia, la razón de su existencia, por qué los cuerpos se mantienen unidos y la materia orgánica crece y cambia de naturaleza. He aquí uno de los problemas que preocupaban a Anaxágoras: "Tenemos ante los ojos un pedazo de pan. Parece pan y nada más. Si lo comemos, se transforma en piel, carne, sangre, huesos, cabellos, etc. ¿Es que la materia se ha cambiado de una cosa en otra? Esto no es posible. Hay, pues, que suponer que en el pan existen ya el sinnúmero de materias de que se compone el cuerpo humano. Su pequeñísimo tamaño nos impide el distinguirlas, y sólo las reconocemos por sus efectos. Ahora bien, ¿quién moviliza estas



LA DEMOCRACIA RADICAL DE PERICLES: II. EL SISTEMA

El estratega, única magistratura electiva, a quien compete la dirección de la guerra, pero también el financiamiento y administración del ejército, es decir, casi toda la política exterior de una potencia militarista e imperialista como Atenas, se convierte en el único cargo con posibilidad de presentar un programa propio de actuación política y de realizarlo de acuerdo con la Asamblea. Pericles será, durante todo su gobierno, estratega primero de Atenas.

Los arcontes elegidos por sorteo, ahora entre las tres clases superiores, se convierten en magistratura honorífica sin poder político.

La "Bulé" o Consejo actúa ahora a manera de una secretaría técnica de la Asamblea, redacta las leyes, asesora en casos dudosos, fija el protocolo, etc.

Todos los asuntos ordinarios y extraordinarios se debaten en la Asamblea. Cualquier ciudadano tiene derecho a hablar y proponer una ley. El único procedimiento de control sobre la actividad legislativa de la Asamblea es el derecho recíproco de cualquier ciudadano a impugnar una ley. La Asamblea examina a todos los magistrados nombrados por sorteo u elección y decide si pueden o no ejercer sus cargos. La Asamblea puede destituir cuando lo desee a los magistrados que juzgue incompetentes.

El Areópago queda relegado al papel de tribunal religioso.

Pericles y Efiálatas mantienen la división de los ciudadanos en clases sociales, es decir, no establecen la igualdad política completa de todos los ciudadanos atenienses; no derogan la disposición que limita el acceso a cualquier magistratura a quien no tenga tierras propias en el Ática y esté casado; intentan un mayor acceso del pueblo a los cargos pagando el ejercicio como "buletai" -consejero- y "dikastai" -jurado-.

Anualmente, por sorteo, 6.000 ciudadanos administran directamente justicia, ya individualmente como jueces ordinarios en los "demos" o aldeas, ya en comisiones especiales para los procesos de magistrados y funcionarios.

LAS TRIBUS

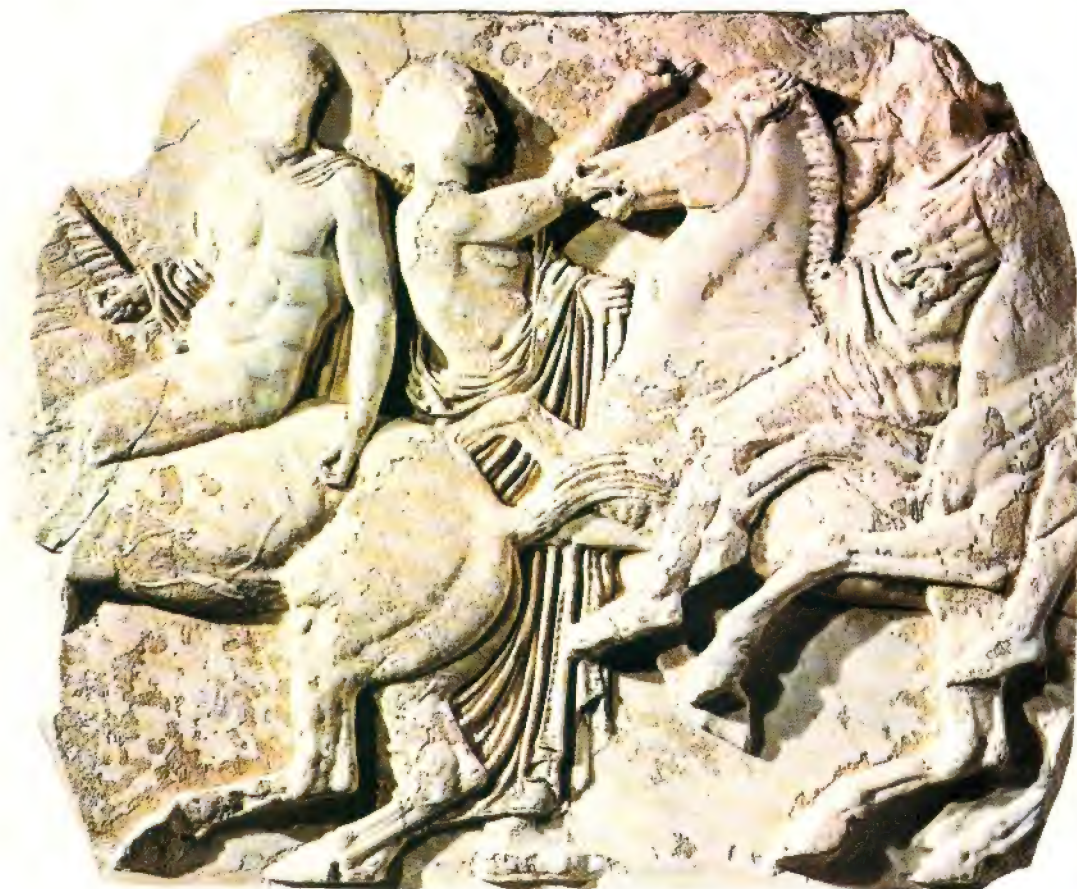
Clistenes divide el Ática en tres zonas, cada una con diez distritos. La tribu está formada por tres distritos, cada uno de una zona distinta, y es en el marco de la tribu donde se celebran las elecciones. Se pretende evitar así que los órganos políticos reflejen los clanes -caso de las elecciones realizadas por "demos" o aldeas, sede de una familia predominante- o los partidos políticos -caso de que las unidades coincidieran con las comarcas geográficas y sociales: llanura (ricos), costa (clase media) y montaña (proletarios)-.

LAS CLASES

Los derechos políticos no son iguales para todos los ciudadanos. Estos se hallan divididos según su fortuna en cuatro clases, a cada una de las cuales corresponden unas determinadas funciones y un grado distinto de participación en el poder.

La ley de 451-450 a. de J. C. es una definición estricta de la ciudadanía: sólo puede ser ciudadano de Atenas el que haya nacido de padre y madre atenienses. La disposición significa la negativa definitiva a reconocer como atenienses a los extranjeros que cada vez en mayor número se están estableciendo en Atenas.

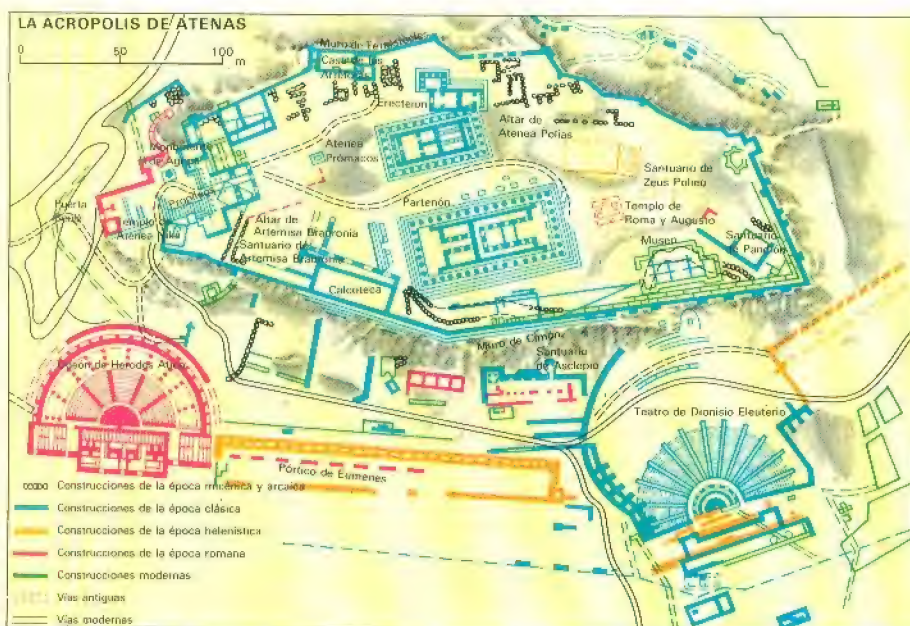
Jinetes del friso de la "cella" del Partenón, entre los que se aprecia uno de los directores de la procesión (Museo de la Acrópolis, Atenas).



partículas y las hace organizarse de una o de otra manera?”. Aquí introduce Anaxágoras el espíritu con el nombre de *Nous*, el que tiene “supremo poder” y “conoce todo lo presente, lo pasado y lo futuro”. En realidad, Anaxágoras se anticipa de un siglo a Aristóteles, con su esfuerzo para explicar las fuerzas naturales y por su predilección hacia las

ciencias físicas. Es curioso que mientras los hijos de Pericles asistían a las conferencias del gran sofista Protágoras, entonces huésped de Atenas, el propio Pericles mantenía a Anaxágoras en su casa, interesándose en problemas astronómicos como la forma de la Tierra, la materia de que están compuestos el Sol y los planetas, cuál es la causa de la Vía Láctea, etc. ¡Qué moderno resulta todo esto!

Otro gran amigo de Pericles era Heródoto, el historiador de las guerras contra los persas; fue en esta época, y en Atenas, cuando escribió su libro, estimulado quizá por Pericles y con la idea de complacer a sus amigos los atenienses. El encanto del libro de Heródoto es infinito y todavía hoy lo leemos con delicia; semeja una novela histórica donde los episodios auténticos están mezclados con la fábula, y una infantil ingenuidad con la malicia más refinada. Heródoto era natural de Halicarnaso, una de las pocas colonias dóricas importantes de Asia, y por esto habla de las doce ciudades opulentas de los jonios con una leve ironía que apenas pueden distinguir los no iniciados. Heródoto había viajado mucho, aunque no tanto como él pretende hacernos creer, y es muy posible que cierta información detalladísima que posee la recogiera en Delfos, porque el oráculo necesitaba estar al corriente de muchas cosas





Escudo de Atenea Parthenos. La figura del hombre desnudo que, a la izquierda, está a punto de descargar un golpe sobre un guerrero se ha considerado siempre como el autorretrato de Fidias. Este inmortal escultor, colaborador de Pericles, se vio acusado por desfalco. Al parecer, los enemigos de Pericles no se atrevieron a atacar directamente al político y sí lo hicieron a sus colaboradores más directos. La ciudad de Elis pagó por el artista un rescate de cuarenta talentos y Fidias se refugió en aquella ciudad.

Aspasia, la segunda mujer de Pericles, en un grabado del siglo XIX (Museo de Arte Moderno, sección de grabados, Barcelona). Aspasia de Mileto fue una mujer muy bella e inteligente, "pero de un pasado no precisamente intachable". También sufrió los ataques de los enemigos de Pericles.

para contestar a las preguntas de sus clientes extranjeros.

El libro de Heródoto hizo mucho bien a Atenas, porque con gran disimulo recogió las versiones más favorables a los atenienses, y el arte maravilloso con que está escrito lo impuso luego como una segunda *Iliada* a todos los griegos. El efecto es mucho mayor porque las *Historias* de Heródoto no tratan de asuntos contemporáneos; apenas se menciona allí a la democracia ateniense, pues son las guerras médicas el tema central del libro.

El tercero de los grandes amigos de Pericles era el escultor Fidias, acaso el genio artístico más extraordinario de todos los pueblos y de todos los tiempos. Ni el propio Miguel Angel, ni Bernini, ni Rodin consiguieron igualar la perfección en la técnica, al servicio de una suprema inspiración, que podemos todavía apreciar en las obras de Fidias. Plutarco dice que éste era el general o *estratego* de los trabajos públicos iniciados por Pericles. Teníanse que restaurar los templos de la acrópolis, destruidos por los persas, y Pericles quiso que las obras reflejaran el ideal de la belleza griega. El templo de Atenea (Minerva) y la entrada monumental de la acrópolis de Atenas son considerados hoy como lo más noble y puro que ha producido el hombre. El templo de Atenea,





Mujer dando de beber a un guerrero (detalle de un kíliz del siglo V a. de J. C. que se conserva en el British Museum de Londres). No todo fue arte y cultura en el gobierno de Pericles, pues la transformación de la liga délica en imperio ateniense obligó a la intervención armada en diversos puntos del mundo griego. La oposición a Esparta culminaría en el desencadenamiento de la guerra del Peloponeso.

llamado *Partenón*, o casa de la Virgen, estaba decorado con esculturas de bulto entero y relieves que eran obra personal de Fidias o ejecutadas bajo su dirección por algunos de sus discípulos.

Con estas obras, Pericles se proponía mantener interesada a la democracia; era una de aquellas "distracciones espirituales" de que hablaba en el discurso que hemos copiado antes; pero, además, las obras de la acrópolis fueron una escuela ideal de artes y oficios. He aquí cómo Plutarco trata de dar una explicación de los trabajos públicos emprendidos en aquel tiempo: "Pericles sugirió estos grandes proyectos de construc-

ciones para que los ciudadanos que permanecían en Atenas participaran de la prosperidad del estado. Los materiales empleados eran la piedra, el bronce, el marfil, el oro y la madera —y así se perfeccionaron los oficios de carpintero, estucador, fundidor, picapedrero, joyero, tintorero y bordador, sin contar a los que hacían cuerdas, tejedores, zapateros, mineros y carreteros—. Y cada oficio, como un ejército a las órdenes de un general, cuando empezaron las obras se lanzó a su ejecución, como un instrumento suena bien templado en las manos del artista o como el cuerpo trabaja subordinado a los propósitos del alma...".

Otras “distracciones espirituales” implantadas por Pericles eran los conciertos en el Odeón, construido para este objeto, y acaso con la idea de contrarrestar la afición inmoderada que iba mostrando el pueblo de Atenas por el teatro. Ya hablaremos de la tragedia griega, que, aunque no fuera de origen ateniense, de tal manera se identificó con Atenas en su período de mayor grandeza, que puede decirse que el teatro griego es fruto de la democracia del tiempo de Pericles. Pero éste parece que no sintió la misma afición por el teatro que por los conciertos musicales, y en el teatro era también donde se ridiculizaba a Pericles y a sus amigos, preparando así al pueblo para inferirle después ataques más serios en los tribunales.

Porque no obstante la admiración que despertaba Pericles entre las clases populares, tenía el inspirador de la democracia ateniense bastantes enemigos para que su conducta fuera severamente censurada. Pero era rico y su probidad estaba por encima de toda sospecha; tanto es así, que una vez que

se le pidieron cuentas de la importante suma de diez talentos, Pericles, como el Gran Capitán, contestó que los había empleado en “gastos menores”, y el pueblo le aplaudió, comprendiendo que quería decir gastos secretos, de los que no debía dar explicación.

En cambio, la vida privada de Pericles tenía algo de irregular y de ello se aprovecharon los calumniadores. Pericles debió de casarse muy joven con una parienta suya, divorciada de un riquísimo ciudadano del cual había tenido un hijo. De este matrimonio con su parienta, acaso más vieja que él, nacieron los dos hijos legítimos de Pericles, quienes casaron con muchachas ricas, una de ellas, según parece, muy coqueta. Se comprende que un hogar así no podía satisfacer a un idealista; no conocemos la fórmula legal de que tuvieron que valerse Pericles y su esposa para separarse amigablemente; lo cierto es que ella todavía se procuró un tercer marido, sin que nadie protestara. En cambio, Pericles invitó a vivir en su casa a una cortesana de Mileto, venida a Atenas para hacer fortuna y famosísima por su be-

Jóvenes caballeros griegos de mediados del siglo V a. de Jesucristo (detalle del friso de las Panateneas; British Museum, Londres).





lleza y talento. Tenemos de Aspasia la más contradictoria información; según los calumniadores de Pericles, era sólo una prostituta de alto rango que pervertía a las matronas casquivanas de Atenas, dispuestas a hacer mal uso de la libertad que les concedían las nuevas costumbres democráticas. Otra versión, con seguridad la más exacta, es que Aspasia era la verdadera inspiradora de Pericles; mujer de gran experiencia, eso sí, pero llegada a la madurez con un deseo vehemente de todos los goces espirituales, acaso por ver en ellos un contraste con su propia vida. De su pasado aventurero nadie trata de defenderla, y Plutarco recoge hasta una noticia de segunda mano, asegurando que Aspasia, a la muerte de Pericles, pasó a ser la concubina de un zafio ganadero o tratante de ovejas y que ni aun éste hubo de ser su último amante. Pero, en cambio, consta que las relaciones de Pericles con Aspasia, que duraron más de quince años, fueron un verdadero idilio de dos almas fuertes y poseídas del mismo entusiasmo por las cosas bellas. "Algunos dicen que Aspasia era estimada por Pericles a causa de su instinto político", escribe Plutarco; otros llegan a insinuar que Aspasia redactaba los discursos de Pericles y que era ella quien le sugería las construcciones y las fiestas populares.

Porque, así en la guerra como en la paz, el objetivo de Pericles no era ganar una campaña ni embellecer la ciudad, sino educar al pueblo ateniense para que fuese capaz de regirse según los principios democráticos. Las expediciones militares de Pericles fueron más bien empresas aparatosas que esfuerzos dolorosos; claro está que en su tiempo Atenas se vio atacada por sus enemigos y tuvo que sufrir peste, hambre y derrotas, pero justamente para que el alma de la ciudad pudiera resistir estas crisis, el mismo Pericles provocaba a veces los conflictos o salía con la gran flota para lejanas expediciones. Sus incursiones por el mar Negro y el viaje de la armada que envió para dar la vuelta al Peloponeso no pueden llamarse puras maniobras navales, porque tenían un propósito práctico de inmediata urgencia, pero fueron realizadas con un aparato y una preparación que casi podríamos llamar esté-

Copia en mármol de la Atenea Parthenos de Fidias. Medía, en el original, unos 12 m de altura y tenía en una mano la figura de la Victoria, en la otra la lanza y al pie el escudo con una serpiente que parece representa a Erictonio o a Erecteo.

tica. Lo mismo puede decirse de sus iniciativas coloniales. Pericles restauró la influencia de Atenas en los Dardanelos y regiones vecinas, que eran de capital importancia para el comercio, y envió una expedición a fundar la colonia de Turi, en el golfo de Tarento, al sur de Italia. Pericles quería hacer de Turi una colonia modelo y para ello invitó a tomar parte en su fundación a todos los estados griegos. Turi debía ser una colonia panhelénica, un esfuerzo para identificar en una política colonial a los griegos, divididos en casi tantas naciones como ciudades. El éxito en este sentido no fue muy grande, y en Atenas los comediantes no dejaron de burlarse de Pericles, diciéndole que quería ser un nuevo Teseo, porque Teseo había realizado la agregación de todas las comunidades del Atica y él quería unificar todos los estados griegos. Para la fundación de Turi se solicitaron los indispensables oráculos de Delfos, y la expedición marchó guiada por un amigo de Pericles, llamado Lampón. Detalle interesante es que entre los "fundadores" figuraba Heródoto, que sin duda quería "hacer historia", para escribirla mejor después.



Carro griego del siglo V a. de Jesucristo representado en el friso de las Panateneas del Partenón (British Museum, Londres).



El experimento para Heródoto debía de ser curiosísimo. Ya no se trataba de mejoras de gobierno en una ciudad antigua, sino de fundar otra nueva, como en los tiempos heroicos. Pericles se había procurado para este objeto al más ingenioso especialista de su tiempo, Hipodamo de Mileto, quien ya había facilitado los planos para la nueva ciudad que surgió en el puerto del Pireo. He aquí cómo Aristóteles habla de Hipodamo y de sus aficiones, que parecían excéntricas hasta para los filósofos de un siglo más tarde: "Hipodamo de Mileto, hijo de Eurifón, es el que inventó el arte de edificar ciudades. Era un hombre extraño, cuyo refinamiento de gustos le impulsó a cometer muchas rarezas. Llevaba larga cabellera espolvoreada de oro y vestidos costosísimos, a pesar de vestir igual en verano que en invierno. Pretendiendo estudiar la naturaleza, fue el primero que, sin ser un político de profesión, se preocupó por saber cuál era la mejor forma de gobierno..."

A este hombre curioso, aficionado a la economía política, es al que Pericles llamó

Aribalo griego de finales del siglo V a. de J. C. (Museo Diocesano, Gerona), procedente de Ampurias.



Animales representados en el friso de las Panateneas del Partenón (Museo de la Acrópolis, Atenas).

como técnico en urbanizaciones para fundar Turi. Las ideas de Hipodamo no pueden ser más arbitrarias; parecen contradecir lo que cuenta Aristóteles de que aquél había llegado a tales resultados estudiando la naturaleza. La ciudad modelo para Hipodamo debía estar compuesta de diez mil ciudadanos, divididos en tres grupos, artesanos, agricultores y soldados. La tierra debía estar también dividida en tres partes: unas tierras serían sagradas, para atender a los gastos del culto; otras para mantener a los soldados y artesanos, y otras para los agricultores, que

las cultivan todas. Las leyes penales estaban también separadas en tres capítulos: uno para castigar los insultos, otro las injurias y el tercero los homicidios. Y todo así por el estilo, en esta fantástica república de Hipodamo, quien, de todas maneras, es el primero que se preocupó por la organización racional del gobierno municipal. Sus lucubraciones precedieron casi de un siglo a *La República*, de Platón, y *La Política*, de Aristóteles. Y aun lo más importante de Hipodamo acaso sean sus ideas acerca de la manera de asentar una ciudad. Las calles forman un



Metopa del Partenón que narra un episodio de la lucha entre lapitas y centauros (British Museum, Londres).

cuadrículado de manzanas regulares, cosa que hoy nos parece vulgarísima y que era una gran revolución en el siglo V a. de J. C. Pero, volviendo a la fundación de Turi, la verdad es que una colonia guiada por un adivino, como Lampón, con archiveros como Heródoto y con arquitectos como Hipodamo, no parece que pueda ser un éxito, ni para la Atenas de la época de Pericles.

Estas eran las aventuras democráticas que daban motivo a las sátiras de los comediantes y se criticaban duramente por los Caballeros del Bien y la Verdad, que man-

tenían la oposición. Tenemos un folleto, que se ha conservado por milagro, donde se comentan desfavorablemente las faltas del gobierno democrático de Atenas. No sabemos quién es el autor, pero sería un ateniense ya de edad madura, que escribe en los últimos años de la influencia de Pericles. Citaremos algunos párrafos de este folleto de propaganda para que, comparándolos con los de la oración fúnebre de Pericles que hemos copiado antes, se vea mejor cuáles eran los dos espíritus que se disputaban el gobierno de Atenas en el siglo V a. de Jesu-

RECURSOS ECONOMICOS DE ATENAS

La visión de la sociedad ateniense no puede ser completa sin considerar sus recursos económicos. Tenemos que distinguir entre la explotación de las fuentes de riqueza propiedad del estado y los diferentes impuestos u obligaciones con que eran gravados los ciudadanos y los extranjeros.

Las explotaciones fundamentales del estado eran las salinas, las minas y la acuñación de moneda. A ello se añadían las confiscaciones de bienes, las donaciones hechas por los ciudadanos y los botines de guerra.

Con respecto a los impuestos, los había de diferentes tipos para engrosar las arcas estatales. Los metecos (extranjeros) y libertos tenían que pagar un impuesto fijo por cabeza de familia, consistente en seis dracmas para la mujer y doce para el hombre. Había una serie de impuestos indirectos sobre los derechos de aduanas, sobre las mercancías importadas o exportadas al Pireo, derecho de venta de productos en el ágora de Atenas y adjudicación de una parte del grano.

Los ciudadanos más ricos estaban gravados con unas obligaciones llamadas liturgias. Asimismo estaban gravados con liturgias los metecos enriquecidos, quedando excluidos de las de tipo militar o religioso.

La liturgia más costosa era la trierarquia, consistente en la obligación de cuidar del buen estado y del equipo de una triere. Los gastos de construcción corrían por cuenta del estado, aunque gradualmente fueron pasando parte de estas obligaciones a los trierarcas. Esta liturgia debía satisfacerse cada tres años, estando libres de las otras liturgias. En momentos de gran necesidad se creó la sintrierarquía,

correspondiendo a varios trierarcas una misma nave.

Otras liturgias consistían en costear parte de los festejos celebrados en la ciudad. Los principales eran: la coregia, obligación de costear un coro por tribu; la gymnasiarquia, organización de torneos deportivos; las hestiasis, que entrañaban el deber de ofrecer un banquete; y la architheoria, derecho de costear una embajada sagrada en una de las grandes fiestas panhelénicas.

Los ciudadanos gravados con la liturgia tenían la posibilidad de reclamar la injusticia de su designación, indicando otra persona que a su juicio tenía más riqueza que él. Si el ciudadano designado aceptaba la liturgia, el anterior quedaba libre de ella. En caso de que el ciudadano acusado no aceptara, el demandante podía ofrecerle una conmutación de bienes, que, en caso de no ser aceptada, obligaba a restituir al anterior con su obligación. En caso de aceptar la conmutación, quedaba libre de la liturgia, correspondiéndole a la persona primeramente designada. De la liturgia estaban exentos los arcontes, los miembros del Consejo, los inválidos y los ciudadanos movilizados.

Cuando el estado ateniense necesitaba urgentemente nuevos recursos, existían otros impuestos extraordinarios, siendo los principales el ciphorá y el eikosté.

El ciphorá consistía en un impuesto directo sobre la propiedad mobiliaria e inmobiliaria, correspondiendo a los ciudadanos contribuir con los cinco sextos, y con la restante fracción a los metecos. Las primeras noticias de su establecimiento corresponden al año 428 a. de J. C., aunque su definitiva organización es de mediados del siglo IV a. de J. C.

El otro impuesto extraordinario era el llamado eikosté. Se trataba de un impuesto del cinco por ciento sobre todas las mercancías que entraban o salían de los puertos del imperio marítimo ateniense, impuesto del que estaban exentos los ciudadanos atenienses. Surgió hacia el año 473 y fue rápidamente suprimido.

Hemos dejado para el final la fundamental fuente de riqueza del estado ateniense: el foros, consistente en los tributos que las ciudades miembros del imperio marítimo proporcionaban a Atenas. La cantidad del foros solía ser fija, oscilando alrededor de unos cuatrocientos talentos anuales. Las ciudades que se retrasaban en el pago eran duramente castigadas, teniendo que añadir cantidades suplementarias.

Entramos, pues, en una de las paradojas del estado ateniense: la democracia interna se mantiene merced a un imperio externo. De ello deriva la segunda crítica. Las mujeres, los extranjeros, los libertos y los esclavos estaban excluidos de la democracia interna, que era accesible a los ciudadanos atenienses.

Con la reforma de Clístenes, para ser ciudadano ateniense bastaba inscribirse en un demos. Al principio bastaba ser hijo de padre ateniense, pero, a medida que la población fue en aumento, esta medida fue restringida, exigiéndose ser hijo de padre y madre atenienses.

Estos hechos colocan a la democracia radical ateniense en su verdadero contexto, lo que evita comparaciones que, en definitiva, no responden a la realidad, aunque, por otra parte, Atenas llegó al mayor grado de participación en el poder en la historia de la Grecia antigua.

A. M. P.

cristo. El "viejo oligarca" empieza así: "En cuanto a la Constitución de Atenas, no puedo alabarla porque procura sólo el bienestar de las clases inferiores en detrimento de las mejores. Repito que no puedo alabarla, pero conviniendo en que ha sido aceptado tal sistema de gobierno, quiero hacer ver que éste se mantendrá mejor que ningún otro...". Y aquí empieza a hablar el "viejo oligarca" con aquella fina ironía que sólo puede encontrarse en un hombre de Atenas y que con razón se llama *ática*. "Digo, pues, que es justo que los pobres de Atenas tengan más ventajas que los hombres de buena fortuna o de antiguas familias, porque los pobres son los que reman en las galeras y con éstas se mantiene el poder de la ciudad... Algunos criticarán que se permita hablar a todo el mundo en las asambleas y que todo el mundo tenga derecho a un lugar en el consejo... — Así dirán, cualquier descamisado

puede levantarse y proponer algo conveniente para sí y los de su clase. — A lo que los otros replican: —¿Pero qué es lo que puede proponer un descamisado sin educación?...— La respuesta será que, a pesar de su baja condición e ignorancia, un pobre con buena voluntad vale más que una persona superior, por mucha virtud y educación que tenga, si ésta no pone interés en el gobierno." ¡Parece que estamos oyendo a la vez las discusiones del ágora y las de nuestros círculos políticos!

El folleto del "viejo oligarca" continúa de este modo: "Es extraordinario que en Atenas no sea permitido pegar a los esclavos ni a los extranjeros, pero os explicaré la razón de esta costumbre: si se permitiera pegar a los esclavos, a menudo ocurriría que un ciudadano con todos sus derechos recibiría los golpes, pues en el pueblo de Atenas no se distinguen por el vestido los esclavos o

forasteros, ni hay ninguna apariencia de superioridad para los hombres libres...". Al "viejo oligarca" debían parecerle vulgares las fiestas democráticas que organizaba Pericles: "No encontraréis en Atenas ciudadanos que dediquen su tiempo a la música y la gimnasia. El populacho se ha apoderado de estas bellas artes..., la gente gana dinero cantando en los coros o danzando y corriendo, lo mismo que remando en las galeras. Igual ocurre en los tribunales: los jueces democráticos se preocupan más de sus pagas que de "hacer justicia". El "viejo oligarca" amontona calumnias contra los tribunales de Atenas, que no sólo son corrompidos, sino lentos en dar sentencia: "¿Y cómo pueden despachar los asuntos, si en Atenas hay más fiestas y vacaciones que en cualquier otra ciudad de Grecia?". Y lo peor es que los aliados, o miembros de la liga que presidía Atenas, tienen que ir a ella para obtener justicia. Pero el "viejo oligarca" lo dice en estos maliciosos términos: "Creeréis que es un error de la democracia ateniense el obligar a sus aliados a ir a Atenas para resolver sus disputas; pero es fácil de ver cuántas ventajas consigue el pueblo de Atenas de este escándalo. Primeramente, obtiene un ingreso con los salarios de los jueces, que trabajan todo el año. Segundo, manejan así los ate-



Representación de mujeres tocando instrumentos de música, en una ánfora ática de hacia 440 a. de J. C. (Museo del Louvre, París).



Escena de danza dionisiaca procedente de un vaso griego de hacia el año 435 a. de J. C. (Museo Arqueológico Nacional, Ferrara). Junto a las grandes fiestas panatenaicas, el pueblo griego continuó afeerrado a la religión de los misterios dionisiacos.

Sección del Erecteo y tribuna de las cariátides, en la acrópolis de Atenas. Este templo estaba dedicado a Erecto, el primer rey de Atenas según la tradición. En su interior se conservaba el ídolo de Atenea, el Paladión.

nienses los negocios de los aliados, sin tener que emprender largos viajes. Tercero, con este método pueden favorecer a los partidarios de la democracia y arruinar a sus contrarios. Además de todo esto, hay que pagar el uno por ciento de los derechos del puerto del Pireo al patrón de la casa de huéspedes, al pregonero, etc.”.

Así continúa satirizando al gobierno de su patria el “viejo oligarca” y pone todavía estos reparos: “Los estados gobernados por una minoría (oligarquía) tienen la obligación de cumplir sus tratados y compromisos de una manera positiva; son gobiernos responsables. Si dejan de mantener su palabra, los oligarcas son responsables personalmen-



te de la falta. Pero en el caso de una democracia, la culpa puede provenir de uno cualquiera, que habló en público en pro de una nueva idea, o de otro que votó en contra... Si las cosas salen mal, el pueblo culpa de ello a unos cuantos, que por su mal consejo han arruinado al estado, mientras que si salen bien, es el pueblo el que quiere llevarse el mérito de las buenas decisiones”.

Claro que, a pesar de su mucha exageración, habría algo de verdad en las críticas del “viejo oligarca”. Es evidente que el pueblo debía de estar muy satisfecho con sus derechos. Por ejemplo, los comediantes no cesan de hacer burla del furor que ha entrado a los ciudadanos de Atenas para ejercer de jurados o de jueces, y no sólo por la paga que recibían (como pretende hacernos creer el libelo del “viejo oligarca”), sino por una verdadera manía de acudir a los tribunales para escuchar y decidir pleitos y alternar con abogados y litigantes. En una comedia de Aristófanes, un hijo tiene a su padre encerrado bajo llave porque el viejo padece la enfermedad de querer ser jurado a todas horas. “Juzgar es lo que más le gusta, y llora si no puede sentarse en el banco del jurado...”

Los sueldos, tan criticados, de los que servían al estado eran en realidad una manera de subvencionar a los partidarios del nuevo régimen. No sólo los jueces y oficiales del ejército y la marina, no sólo los miembros del Consejo de los Quinientos, sino hasta el pueblo parece ser que recibía una compensación en metálico por asistir a las asambleas generales o *Ecclesia*. Y claro está, los aristócratas y ricos, que siempre han podido servir al estado sin otra remuneración que el honor o la influencia, tenían que criticar el gasto excesivo que representaba el gobierno democrático.

Pero Atenas era rica. No sólo tenía los ingresos de las minas, sino que percibía la contribución de los aliados, que alcanzaba sumas enormes. El tributo variaba cada año, según las necesidades y la capacidad de pagar de los miembros de la liga. Tenemos dos listas de estos tributos: la del año 436 y la del 425. Naxos, por ejemplo, en la primera lista paga seis talentos; en la segunda, quince. Esta abundancia del Tesoro era, hasta cierto punto, muy peligrosa, porque Pericles creía que el dinero era no sólo el nervio de la guerra, sino casi la única cosa que precisa considerar en un conflicto armado, y como Atenas era más rica que sus enemigos, ya no debían temerse los ataques. Pericles, seguro de su fuerza, así que el Partenón o templo de Atenea estuvo terminado, decidió llevar el tesoro de la liga, que estaba en Delos, a la cámara posterior del Partenón, o sea el opistódomo, un local cerrado con



Centauro raptando una mujer lapita, en una metopa procedente de la decoración del Partenón (Museo del Louvre, París).

una sola entrada cuya llave se conservaba en el ágora. Tampoco Pericles guardaba respeto a los que no obedecían. El trato que dio a Megara y Egina fue casi insultante, y no dejó la oposición de echárselo en cara en una comedia: “Porque Pericles, como un Júpiter olímpico, – lanzando a voleo sus rayos y truenos, – desencadenó la tormenta y encendió la hoguera que alarmó a las gentes de toda Grecia”. Así dice Aristófanes, quien en otros lugares se burla de la “suntuosa Atenas” y del gobierno democrático, con “sus artes tiránicas y sus malas artes”.

La oposición, que venía preparando el ataque, empezó a hostigar a Pericles calumniando a sus amigos. El filósofo Anaxágoras, acusado de ateísmo, tuvo que emigrar de Atenas sin que Pericles pudiera evitarlo. Después tocó el turno a Fidias; el gran escultor fue condenado por estafa o mal uso de los fondos recibidos para las obras de la acrópolis, aunque dice Plutarco que no pudo probarse el fraude. Por último, se acusó a Aspasia de impiedad y, espantado ante la idea de perder a “su compañera”, Pericles perdió la serenidad y se presentó ante los jueces derramando lágrimas, hasta que con-

siguió el sobreesimiento de la causa. El pueblo tenía también sus pasiones, era a veces tan feroz como el peor tirano.

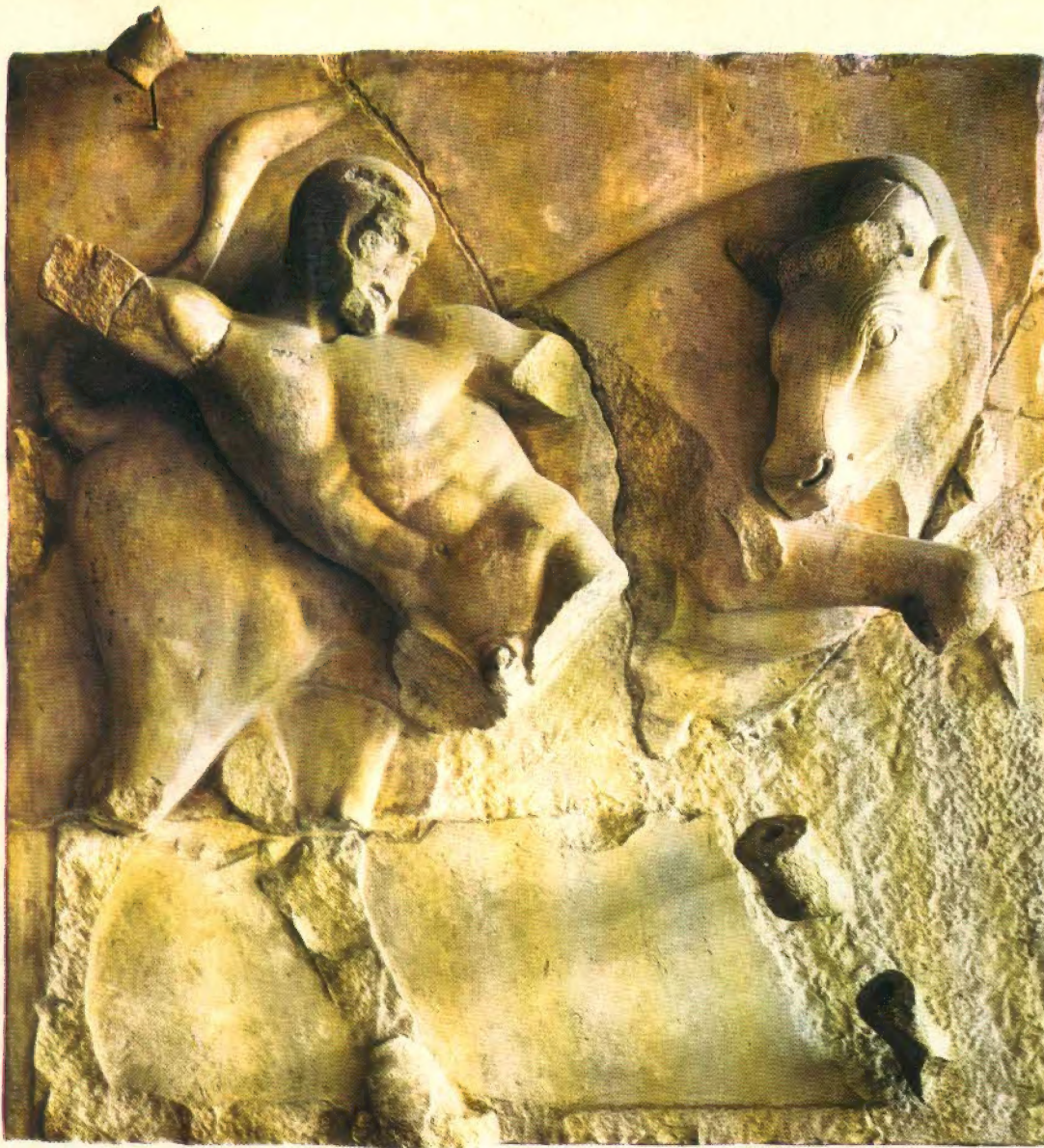
Mas Pericles murió sin claudicar. Hubiera podido ser otro Pisítrato —y, como César o Napoleón, reducir los consejos a meras asambleas decorativas—; sin embargo, permaneció fiel al ideal democrático, aunque él mismo al final fuera una de sus víctimas. Vio a sus dos hijos legítimos morir en la guerra y para dejar sucesión tuvo que legitimar al hijo único que le había nacido de Aspasia.

Ruinas del Anfiareón, templo en honor de Anfiarao, levantado en los confines de Beocia y Atica, cerca de Maratón.

Su hermana murió de la peste y muchos de sus amigos, los que más le habían ayudado para administrar la ciudad, perecieron también. “Pero no por esto perdió los ánimos —dice su biógrafo—, ni abandonó su ideal democrático, ni decayó su grandeza de espíritu por culpa de estas calamidades.”

Pericles moriría de uno de esos ataques de fiebre lenta que son tan comunes en las costas del Mediterráneo. Teofrasto, en su *Ética*, dice que estando Pericles en la cama mostró a sus amigos un amuleto que le ha-





Fragmento de una metopa del templo de Zeus en Olimpia, en donde se halla representado uno de los doce trabajos de Hércules (Museo del Louvre, París). Aunque no se sabe con certeza en qué año fue realizado, sí se puede afirmar que es del siglo V, algo anterior a la época de Fidias. Su estilo no revela influencias de este artista y reviste caracteres de grandiosidad épica.

bían puesto en el cuello las mujeres de su casa, como para indicar que debía de estar muy malo cuando toleraba semejante cosa. Moribundo ya, se cuenta que varios ciudadanos amigos que rodeaban su lecho, creyéndole privado de sentido, alababan su carácter y las victorias que había conseguido. El enfermo tenía cerrados los ojos, pero escuchaba lo que decían sus amigos. De pronto, haciendo un esfuerzo para hablar, les interrumpió diciendo que sus éxitos habían sido debidos más a la suerte que a su genio y acabó con estas palabras: "Por mi culpa, ningún ateniense ha tenido que llevar luto". ¿Era esto verdad? Parece poco probable, porque "la política no tiene entrañas", y Pericles se había preocupado más de la comunidad que de los individuos. Pero su deseo en aquella hora postrera fue que por su culpa ningún ateniense hubiese tenido que llevar luto. Otros en su lecho de muerte piensan en sí mismos únicamente, en su vida futura, en sus descendientes... Pericles pensaba en sus conciudadanos.



Interior de un kilix pintado por Apolodoro de Atenas (Museo del Louvre, París).

BIBLIOGRAFIA

Gaudemet, J.	<i>Institutions de l'Antiquité</i> , París, 1967.
Glitz, G.	<i>La ciudad griega</i> , México, 1957.
Hignett, C.	<i>A history of the athenian Constitution</i> , Londres, 1952.
Jones, A. H. M.	<i>Athenian democracy</i> , Oxford, 1966.
Mosse, C.	<i>Les institutions grecques</i> , París, 1961.
Murray, G.	<i>Eurípides y su tiempo</i> , México, 1966.
Rodríguez Adrados, A.	<i>Ilustración y política en la Grecia clásica</i> , Madrid, 1966.
Thomson, G.	<i>Aesquilus and Athens</i> , Londres, 1946.
Toutain, J.	<i>La economía antigua</i> , México, 1959.
Tovar, A.	<i>Vida de Sócrates</i> , Madrid, 1966.



Templo de la Niké Aptera, en la acrópolis de Atenas, construido por Calícrates en el año 448.

La ilustración de este tomo se debe a: Afrique-Photo (París), Andi (Milán), Archiv Edistudio (Barcelona), Atesa (París), Black-Star (Barcelona), C. Clix (Nueva York), Daroca (Barcelona), Dulevant-Salmer (Barcelona), Giraudon (París), Gunter Reitz (Hannover), R. Halin (París), Lolivier (París), Lucchetti (Barcelona), Llorca (Barcelona), J. F. Martín (Madrid), Mason Bryan (Londres), F. A. Mella (Milán), Museo Británico (Londres), Museo Marítimo Nacional (Londres), Museo del Louvre (París), Olavarrieta (Barcelona), Oronoz (Madrid), Palnic (Venecia), Pedicini (Nápoles), Pineider (Florencia), Pucciarelli (Roma), Quilici (Roma), Rijksmuseum (Amsterdam), Ruiz (Madrid), Salmer (Barcelona), Scala-Salmer (Turín), S.E.F. (Turín), Setoain (Barcelona), Titus (Turín), Wettstein und Kauf (Zurich), Zardoya (Barcelona).